

LUCRECIA

El nombre de Lucrecia está unido al término y acabamiento de la república romana. Mujer tan excelsa y célebre ha quedado en la memoria universal, donde perdura, como severa imagen de una casta república, representando todo aquello que la república debe representar, el respeto á las leyes, el culto á la familia, el juramento al matrimonio, la fidelidad del esposo á la esposa, y de la esposa, por su parte, al esposo, las virtudes privadas, gérmenes vivos de todas las virtudes públicas, el ideal de una severa y grande austeridad. Pasa con Lucrecia lo mismo que pasa con Egeria, como pasa con Egeria lo mismo que pasa con Helena; son tipos ideales aumentados por la tradición y por la poesía, en quienes, unas veces el pincel, otras el buril, otras el plectro, han recogido su impulso para crear, dejando así figuras espléndidas que á una

hermosean, así los anales humanos como las esferas artísticas, formando y componiendo algo de lo que forman en sus espléndidas constelaciones los astros del espacio, luminosas estrellas del tiempo. Y no creo este último pensamiento una mera comparación retórica. Digo que los nombres célebres son en el tiempo aquello mismo que los astros en el espacio, porque guían, porque iluminan, porque arroban al artista, y al pensador, y al filósofo, cual esos puntos luminosos en la etérea inmensidad guían al peregrino y al nauta. ¿Cómo se han formado los astros? No podemos pasar de las hipótesis. La ideada por La Place da razón y explicaciones á mayor número de fenómenos, y por eso la creen todos próxima de suyo á la verdad. ¿Cómo se han formado los nombres míticos y poéticos que luégo pasan á verdaderos nombres históricos? Pues tampoco lo sabe nadie. Wolff y Niebhur suponen las epopeyas de Homero y Ennio una colección de cánticos recogida y fijada bajo artificiosa unidad en tiempos de prosa y erudición, pasando así á la categoría de historias y así revistiendo los caracteres históricos. No lo dudamos. Pero descubrimientos y revelaciones de nuestros tiempos deben preservarnos tanto de la extrema desconfianza como de la extrema confianza. No me parece fundado creer á Lucrecia personaje puramente histórico;

pero tampoco me parece fundado creerla personaje puramente ideado y mítico. Podría sucedernos alguna vez lo mismo que nos sucede ahora con el Cid, podía sucedernos con Helena, con Lucrecia, con todos los personajes míticos, el que cayese un rayo de luz por cualquier increíble hallazgo sobre los tiempos antiguos y nos revelase la parte verdadera y tangible de su viviente realidad. Ya sabemos que algunos personajes declarados históricos, y puestos luégo en tela de juicio por la crítica del siglo pasado, no han podido recobrar su realidad, derruida completamente á los golpes de un rudo y profundísimo examen. Por ejemplo, Guillermo Tell se ha ido poco á poco desvaneciendo, y los esfuerzos de aquellos que creen deberle su nacionalidad y su república, no han logrado volver al crédito histórico á su glorioso nombre y á su luminosa vida. Pero no ha pasado lo mismo con ciertos héroes de los siglos medios, tenidos por fabulosos durante muchas generaciones, que luégo han penetrado en la realidad histórica, y con iguales caracteres á los que les había prestado la poética leyenda. Sobre un apellido como el Cid pasó la crítica su esponja y lo borró. Durante los primeros lustros de nuestro siglo no se creía en su existencia. Masdeu lo declaró un mito. La vida suya, trazada en latín por algún monje ó cualquier otro es-

tablecimiento monástico, interesados en tener tal protector y revestirlo con el dón de los milagros, esa vida de tantas y tan varias transformaciones quedó completamente destrozada bajo el escalpelo de los críticos. Grandes oradores hispanos, de los que más conocían el desarrollo histórico de nuestra nacionalidad, cayeron en el vulgar error y declararon que no había el Cid existido jamás. ¡Ay, pues, de nuestro romance, de nuestro teatro, de nuestra Toledo, de nuestra Valencia, en la Edad Media, cuyos timbres nacionales quedaban estrellados y rotos contra un frío y analítico examen de fuentes y de orígenes históricos! Pero vino superior ciencia, husmeó los trazos perdidos de las historias árabes, y leyéndolas y comentándolas encontró, no solamente la existencia real del Cid, sino conforme con todo cuanto idearan tradición y leyenda en sus narraciones más célebres. Y el Cid reapareció, no solamente como el héroe de las canciones llamadas gestas, como el protagonista de aquellos poemas donde acaba el bárbaro latín de la Edad Media y da sus primeros vagidos nuestra lengua castellana, como el Dios victorioso de nuestro romance y de nuestro romancero, como el nexo entre la escena española y la escena francesa, sino también como el héroe real y vivo de nuestra reconquista, como el que, después de Santiago, con

más moros arremete y más ciudades gana, reinando en Valencia y poniendo en los adarves y almenas de tan oriental ciudad la cruz dos siglos antes que la repusiera D. Jaime en la suprema reconquista. ¿No podía suceder algo semejante con todos estos personajes históricos? Un siglo que ha encontrado los testimonios fehacientes de Troya, puesta entre los mitos por innumerables cavilosos, y ha revelado el enlace de las lenguas indias con todas las lenguas arias de ambos mundos, y ha sabido rehacer la historia de los egipcios con la historia de los iraníes, ignoradas cien años antes, como ha traducido los jeroglíficos entallados en conos y pirámides por las orillas del río Nilo, como ha interpretado los ladrillos cúficos del Éufrates y del Tigris, como ha conseguido reconstruir Nínive con Babilonia delectando los cilindros caldeos, como ha obrado tal número de milagros y hecho tan extraordinarias maravillas, también algún día rectificará los restos de las tradiciones clásicas y hará seguramente histórico aquello que hoy parece legendario, y quizás legendario aquello que hoy parece histórico. Si en el poema de los reyes, como se ha llamado á las edades transcurridas entre Rómulo y Tarquino, éste representa los excesos de la monarquía oriental etrusca, incompatibles con el austero genio romano, Lucrecia, por su parte,

representa el principio y fundación de la república. Podrán las tradiciones equivocarse, podrán haber-nos compuesto un drama, el cual ponga todos los vicios en Tarquino y todas las virtudes en Lucre-cia; no debemos dudar un punto de que la tradi-ción ha estado bien aconsejada cuando ha dicho que las perversidades propias á toda tiranía se vin-culaban en el último rey romano, mientras todas las virtudes en aquella excelsa familia cuyo apelli-do se halla por siglos de siglos identificado con el establecimiento y aparición de la república. Por consecuencia, falsa ó verdadera, mentida ó real, histórica ó legendaria, la persona de Lucrecia re-presenta y simboliza todo lo creído por el mundo romano respecto de la monarquía y de los monar-cas y todo lo aguardado de la república y de los re-publicanos. La palabra rey fué tan odiada y resul-tó de suyo tan odiosa que no se atrevieron jamás á pronunciarla de nuevo los labios de aquellas gentes, maldiciéndola y execrándola por siglos de siglos ante su conciencia y ante su historia.

Entremos en la narración. Los Tarquinos son los postreros representantes de la monarquía en Roma. Reinaba el modesto Anco Marcio. Ciertos acueductos á su trabajo atribuidos y el agua por éstos á Roma llevada, todavía tienen hoy renom-bre popular. En su modestia no puede compararse

ni con el sacerdotal Numa ni con el revoluciona-rio y popular Hostilio, pero siguió con provecho la política del primero, fomentando los campos del fecundo agricultor contra los campos de batalla y escribiendo leyes conducentes á mantener la paz y la justicia. Mas el templo de Jano, que ce-rrara Numa, estuvo abierto en tiempo de Marcio. No le sonrió la paz, tan sonriente á su ilustre abue-lo. El tumultuoso Lacio rompió las alianzas antes contraídas con Roma, y tuvo que luchar con él, tomándole cuatro ciudades y recluyendo en el Aventino á sus principales guías, quienes rivaliza-ran desde allí en competencias perpetuas con sus vencedores los patricios. Estas luchas no fueron parte á detener su actividad; antes bien, la im-pelieron y aguijonearon. Fundador del puerto de Ostia, donde la corriente del río Tíber desem-boca; constructor del puente Sublicio, tan venera-do por la familia romana; ingeniero muy ducho en el arte de abrir fosos y levantar parapetos y muros de previsora defensa, dos monumentos dejó bien expresivos de su política: la fortaleza que guarecía la Ciudad Eterna del lado de los etruscos y la pri-sión mamertina en las entrañas del Capitolio, á la cual se bajaba por una escala conocida con el nombre de gemonia por los muchos gemidos re-sonantes en sus duras piedras y las muchas lágri-

mas allí derramadas. Pero si Marcio impidió que los etruscos entraran en el recinto sagrado á fuerza de armas, no pudo impedir que entraran á fuerza de intrigas. Bajo el reinado de Marcio un extranjero se había establecido en Roma. Creíanle unos de gente corintia, otros de gente romana, otros de gente etrusca. Bien griego, bien romano, bien etrusco de la Etruria, iba requiriendo poder y honores en la Ciudad Eterna. Hizo tal viaje aconsejado por su mujer, la cual se llamaba, según unos, Tanaquilia, muy ducha en artes mágicas, agorera de los destinos reservados por el cielo á su esposo, y según otros se llamaba Cecilia, la buena hilandera, muy honrada por los novios en Roma. Tarquino se distinguió por sus riquezas, cosa importante de suyo en todas partes, importantísima en ciudad tan pobre y austera como por aquella sazón parecía Roma. Tarquino se ganó el ánimo y el albedrío de Anco Marcio hasta el punto de confiarle sus hijos éste y pedirle su próspera tutela para ellos. Tarquino, á quien llamaremos el Viejo como le llamaba Tito Livio para distinguirlo del Soberbio, en quien la monarquía concluyó, dió á Roma la grandeza ya y el aspecto de una ciudad oriental. Aquellos muros con que la ceñía, semejantes á los muros alzados en las orillas del Tigris y del Éufrates; aquel foro, antes despoblado, y en su tiempo

embellecido por interminables intercolumnios y disecado de sus aguas infectas; aquel Capitolio convertido en sustentáculo de altos monumentos; aquellos circos donde se representaban fiestas etruscas; aquella cloaca máxima, jamás resentida por los terremotos, frecuentes en tan subvertido suelo, y jamás desgastada por tantas irrupciones; todo aquel trabajo inmenso denota, no solamente el inmenso botín arrancado á los pueblos limítrofes en sus guerras perpetuas, el dominio ejercido sobre los romanos que se conformaban así á tan penosos deberes. Etruria le mandó las haces para sus lictores, la corona para sus sienes, el cetro rematado por un águila real para sus manos, el trono para sus pies, la púrpura para su cuerpo, apareciendo así como una especie de fantasma oriental entre las austeridades propias del pueblo romano. El triunfo primero que allí celebraran los vencedores, el triunfo tan aparatoso, como que aun se guardan los arcos erigidos hace veinte siglos para celebrarlo, esos triunfos, esas procesiones militares tan ruidosas y brillantes, comenzaron en tiempo del primer Tarquino, quien los celebró rodeado por toda la pompa etrusca, vestido de toga sembrada por flores áureas en carro tirado por cuadrigas blancas, entre palmas y laureles, tras doce lictores, asentado en sillas curules de marfil,

demostrando así cómo el despotismo asiático tomaba su natural asiento en Roma con esta soberbia y aparatosa monarquía.

Mas no paraban las alteraciones traídas por el monarca etrusco en esto. Alteraba las clases y sus leyes también. El Senado, defendido á los plebeyos, sufrió una terrible irrupción de la gente inferior con cien senadores más aumentados á su antiguo número. Nuevas centurias de caballeros, fundadas contra derecho, llevaron la perturbación y el escándalo á la tradicional política de Roma, encerrada en los viejos cauces de seculares costumbres. Los augures le volvieron las espaldas á Tarquino y los pastores atentaron á su vida. En todo pueblo muy apegado á lo antiguo resiste con resistencias invencibles las temerarias invasiones sociales. Como Tarquino trajera en su compañía una mujer de muchos alcances, profundamente industriada en los negocios públicos, ocultó su muerte, á la hora terrible del asesinato, que no llegó á desconcertarla, y nombróle un sucesor perenne, como pudiera nombrarle modesto sustituto en ausencia rápida. Llamábase con el nombre de Servio éste, y por su apellido creyósele de antiguo un verdadero siervo. Mas otros le creían etrusco ido á la Ciudad Eterna con gente de su raza y amado por el rey Tarquino á causa de su origen. Libre ó siervo el nuevo rey ex-

tendió la ciudad por aquellas colinas y completó su organización por medio del censo y de otras instituciones análogas, encaminadas á distribuir con acierto y regular por disposiciones legales aquella su vida. Conmueve mucho la geografía del territorio romano, tan unida con su espíritu secular como cuerpo y alma entre nosotros. Hoy mismo, cuando el arqueólogo señala, tras prolijas investigaciones, aquella Roma cuadrata, donde se disponían altares con las piedras rodadas por los torrentes desde las altas colinas y el rayo de Júpiter consagraba los espacios y sitios litúrgicos con sus chispas relucientes y tonantes, no puede uno menos de contemplar asombrado tantas ruinas, las cuales aparecen como un fruto caído, vano y seco, después de haber sido germen ó semilla saludable de humanos é inmanentes progresos. ¡Qué diferencia entre aquel monte Palatino, donde la patricia Roma del privilegio brilla, y aquel monte Aventino donde brilla la plebeya Roma del derecho! Después, bajando del Palatino al valle, topa uno con el Foro, semejante á seco y árido cauce hoy de ideas innumerables, donde las piedras, melladas por los siglos, las columnas caídas unas de sus plintos ó levantadas como aislados mástiles otras, dan á todo el espacio aspectos de un campo de batalla en que hubieran peleado con porfía gigantes y dioses. Luégo sube

uno al término del Foro, por el lado que confina con la ciudad y en que concluye la vía Sacra de los antiguos, la pendiente capitolina, y se halla en la cumbre del mundo romano, todavía hoy bendecida y adorada en la piedra de místicos hogares fundados sobre sus leyes, y en el ara de nuestros dioses ungidos por el óleo filtrado de sus senos. Y el Esquilino, y el Quirinal, y el Vaticano, y el monte Sacro, se divisan más lejos, cada cual con sus monumentos respectivos por cumbres ó laderas, y sobre sus monumentos, y hasta sobre sus terruños, enjambres de ideas envueltas todas ellas en legendarios ó históricos recuerdos. ¡Cuánto, pues, no debe interesarnos el nombre y el día, bajo los cuales todas estas colinas, en cuyos senos la vida nuestra se ha elaborado con trabajo, iban uniéndose unas con otras, y formando como el organismo material de aquel espíritu romano que, traspasando y traduciendo á la práctica todos los principios metafísicos de las doctrinas metafísicas helenas, debía producir así la política como el derecho congénitos á nuestros pueblos modernos. Estado, código, sacerdocio, curia, comicio, municipio, idioma, todas estas entidades varias, espirituales unas, materiales otras, referentes así á la vida civil y política como á la vida intelectual y moral, aun subsistentes con sus caracteres casi romanos, allí revis-

tieron aspectos necesarios al desarrollo de nuestro sér y al pleno cumplimiento de nuestro destino. Será una expresión Rómulo de los guerreros errantes, que combatían por tales comarcas á la continua, y que fijaban su campamento, convirtiéndolo en ciudad; será otra expresión Rómulo del patriarcado litúrgico y religioso, apercibido á presidir con su teocrática solemnidad al nacimiento y origen de todas las sociedades humanas; será otra expresión Histilio del vencido, mal domado y soberbio hasta el punto de allegar con su esfuerzo la soberanía; representara de nuevo Anco Marcio á los patricios y Servio Julio á los plebeyos que han de porfiar en porfías perdurables hasta la consumación de los tiempos romanos; pero, símbolos hieráticos ó realidades vivas, no podemos sino considerarlos como florones de nuestra histórica genealogía todos cuantos nos creemos latinos y encontramos en el sacro Foro de Roma y en sus cenizas inmortales toda la sucular levadura de nuestra ilustre raza. Este supremo interés tiene también la tragedia de Lucrecia, que ha penetrado como un tópico necesario en las lenguas latinas, como un ejemplo de fidelidad en los hogares, como un símbolo de las instituciones republicanas en el seno mismo de nuestra tormentosa política. He ahí, pues, determinada su indisputable importancia.

Pero continuemos la narración. Servio ganaba territorios y distribuía estas ganancias entre los plebeyos. Celoso el patriciado, cuya importancia política residía en su riqueza material, conspiraba contra Servio. Tenía éste dos hijas y las casó con dos hijos del viejo Tarquino. La unión entre la familia de Servio y la familia de Tarquino representaba la unión entre la plebe latina y la monarquía etrusca. Esta unión estrecha debía disgustar con gran disgusto á los patricios, quienes tan grandes propensiones por la república sentían que durante aquel interregno entre Numa y Rómulo quisieron ser dirigidos, no por monarcas, por senadores, y formaron una república de oligarquía, sí, pero al fin y al cabo una república. El viejo Tarquino dejó dos hijos, y Servio tenía dos hijas, de las cuales era una muy arrogante, la llamada Tulia. Por contradicciones frecuentes en los matrimonios, ésta, la hija mala de Servio, su Tulia, se había casado con el hijo bueno de Tarquino, y la hija buena de Servio se había casado con el hijo perverso, con Lucio. Pero bien pronto estalló la incompatibilidad completa de humores en el matrimonio, que Tulia resolvió envenenando á su propio marido y la esposa de su cuñado, su propia hermana. Tras este doble fratricidio, la viuda, Tulia Servia, y el viudo, Lucio Tarquino, quedaron en franca disposición

para casarse. Viendo el pobre rey cómo los etruscos, es decir, los infames Tarquinos, habían viciado su ciudad hasta corromperla con costumbres orientales, y cómo habían perdido á su propia familia manchándola para siempre con fratricidios imperdonables, pensó, como buen plebeyo, en abolir la monarquía y entregar el gobierno de aquella ciudad infeliz á la sabia y republicana institución del consulado. Muy alarmado Lucio Tarquino por el carácter republicano que á sus planes daba Servio, y muy alarmados los patricios por el carácter plebeyo, aunque no pudieran unir sus almas, unieron sus rencores y derribaron á Servio. ¿Quién se puso á la cabeza de tal conjuración? Tulia. ¿Quién secundó á Tulia? El infame Tarquino. Tito Livio describe la triste ambición de éste con una frase magistral, diciendo que prefería obtener la dignidad de rey á esperarla. *Se esse Priscii Tarquinii filium; qui habere, quam sperare regnum mallet.* Una pasión tan desapoderada movida por una mujer tan perversa necesariamente había de generar espantosa catástrofe. La tigre, por el infeliz rey Servio engendrada, no se detenía en su desordenados apetitos ante consideraciones, ni humanas, ni naturales, ni divinas; el cetro pedía con toda voluntad, aun á precio de todos los crímenes. Tarquino y Tulia se unieron sobre los cadáveres todavía